CAPITULO IX

Que trata del encuentro de D. Quijote con el Nigromante y del hallazgo de Dulcinea desencantada.

Habiendo jurado D. Quijote no comer pan á manteles hasta que diese con Dulcinea del Toboso, cuidóse mucho Tragaldabas, que era muy avisado, de que no pusiera la maritornes mantel en la mesa del cuarto donde su amo y él habían de comer; así es que la cena les fué servida sobre el tablero de pino, no muy aseado, quedando á eso reducido el voto.

¡Qué varios é intrincados sucesos los de la vida de los caballeros andantes! exclamó Don Quijote metiendo la cuchara en el arroz; pues es sabido que en tales ocasiones era dado á estos discursos.

Los encantadores enemigos se les truecan en piedras; los palacios magníficos en melancólicas ruinas; las damas de su pensamiento, en cabras baladoras; y cuando lloran estas mudanzas, los enemigos vuelven á su sér natural y son vencidos; las ruinas recobran su gentileza de palacios, y las damas se aparecen á lo mejor desencantadas y seguidas de sus doncellas.

Es muy verdad, respondió Tragaldabas, que ya estaba dispuesto á tragarse todas las aldabas y pestillos que D. Quijote le ofreciese; pero lo que no creo le haya sucedido á caballero ninguno es imaginarse equivocadamente que se había comido á un hijo de la dama de sus pensamientos.

Cierto es, murmuró D. Quijote, si es que Saturno no era caballero andante; porque, si lo era, le ocurrió más, que fué comerse á sus propios hijos. Pero en fin, ensueño y figuración resulta lo mío, y verás cuán presto queda todo aclarado, en cuanto demos con el palacio de Dulcinea del Toboso, y celebre yo con ella la entrevista que deseo. Así que vámonos á recorrer la ciudad, aunque sea de noche; que no

quiero perder minuto en satisfacer mis impacientes ansias.

Salieron á vagar por las calles y plazas de Zaragoza, y en la del Coso, brillantemente iluminada, vió D. Quijote venir frente á él al Nigromante, que marchaba al hotel donde se hospedaba con Dulcinea, y en que ésta le aguardaba para ir á ver las iluminaciones de las fiestas.

¡Señor Nigromante, dijo D. Quijote deteniéndole; el cielo le envía en mi ayuda, para que con sus ciencias ocultas averigüe y me comunique una cosa importantísima que quiero saber!

¡Oh, mi señor D. Quijote! exclamó el interpelado, reconociéndole, pero muy contrariado de aquel tropiezo; en vuesa merced iba yo pensando ahora mismo, y aquí me tiene para servirle; aunque sólo puede ser mañana á la hora que convengamos, porque tengo esta noche cita con unos duendes y hadas, que me esperan para ciertos asuntos de mi oficio.

Está bien, respondió el caballero, y no quiero detenerle, ni embarazarle; pero le diré por anticipado y por si miéntras puede preparar sus artes maravillosas para esta averiguación, que lo que deseo saber y voy indagando por toda la ciudad, es el paradero de Dulcinea del Toboso, á la que he visto con sus doncellas en su trono en el circo, donde se han rejoneado toros esta misma tarde.

Comprendió el Nigromante lo expuesto que sería un encuentro del caballero y de él, llevando del brazo á Dulcinea, y la facilidad con que si salían aquella noche á recorrer las iluminaciones toparía con ellos D. Quijote, y, reflexionando un momento, añadió:

Si es cosa tan importante como esa y en que tanto placer tengo en ayudar á vuesa merced, dejo ahora mismo la entrevista con los duendes y las hadas que me esperan, y vámonos á mi palacio; que allí haré yo que busquen mis servidores á Dulcinea donde se halle y la traigan á vuestra presencia, como la otra vez aconteció, cuando estaba en la Patagonia.

Dirigiéronse, pues, al hotel, donde el Nigromante habitaba; no sin que presentase D. Quijote á Tragaldabas como á su nuevo escudero,

ya que el otro había quedado de Emperador en Andorra. Pero, antes de llevarles á la presencia de Dulcinea, les hizo entrar el Nigromante en el salón de recibir, y que allí esperasen, mientras él voló á avisar á la descuidada dama del peligro que corría, si D. Quijote se penetraba de que vivían allí en dulce amor y compañía, y á decirle que inventara cualquiera diablura, para alejar de Zaragoza al Hidalgo Manchego y que les dejase en paz gozar de las fiestas.

Combinado todo con ella, pasaron D. Quijote y Tragaldabas del salón de recibir á la sala del Nigromante, que estaba ya resplandeciente de luces eléctricas, y entonces le explicó D. Quijote brevemente cómo había bajado desde los Pirineos, en que mató al oso asesino de D. Favila, á las márgenes del Ebro, en que había visto á Dulcinea desembarazada de cierto encantamiento en que la encontró en el castillo de Loarre; pero se guardó de contar los detalles de ésto, por ser cosa referente al honor de su dama.

Voy, dijo el Nigromante, á avisar á mis servidores, que son dos hadas y un enjambre de duendes, que vuelen por la ciudad y busquen á Dulcinea y le avisen que venga aquí al instante; pues la espera su enamorado caballero D. Quijote. Y tocando un timbre, aparecieron dos criadas del hotel, ya bien advertidas, á quienes con un ademán mudo dió sus órdenes el Nigromante.

No habían pasado cinco minutos cuando, con gran contento de D. Quijote y asombro de Tragaldabas, que no quería dar crédito á lo que oía y veía, pues antes pensaba que todo eran imaginaciones de su amo, apareció Dulcinea, con rico traje de seda azul, descotado, hermoso collar de perlas ceñido al cuello, y sobre el rubio cabello la estrella de brillantes que llevaba la noche en que volvió de la Patagonia.

Ante la majestad risueña y gentil de la Emperatriz del Toboso, D. Quijote hincó la rodilla, cogiéndole la mano para besarla, y Bartola cayó de hinojos, cruzando las manos y rezando un Padre Nuestro, por si era alma del otro mundo.

Mandóles levantar Dulcinea, y D. Quijote dijo que aquel era su nuevo escudero, por causa de la exaltación de Juan Panza al trono, y que ya le llevaba prestados muy buenos servicios: por lo que le destinaba á gobernar otro reino, luego que hubiera perdido ciertos resabios de Alcalde.

Dulcinea le dió el parabién, y el Nigromante dijo á Tragaldabas que le acompañara al salón de al lado, donde quería oir de él el relato de las aventuras de su amo, mientras éste y la Emperatriz del Toboso celebraban su entrevista.

Así lo hicieron, y en una de las estancias se solazó el Nigromante con las referencias de Tragaldabas, y en la otra quedó á su sabor Dulcinea con D. Quijote, para hacerle hábilmente salir de Zaragoza.

Por su parte, Tragaldabas contó al Nigromante todo lo acaecido y aun le expuso sus dudas sobre la razón de D. Quijote, por tantos desvaríos como en él había visto, entre ellos tanto hablar de encantamientos, hadas y magos en que él no creía; pero éste le dijo que no dudase de ello, y que ya había visto por sus propios ojos cómo había hecho él venir, por arte de hechicería, á Dulcinea, desde el otro extremo de la ciudad en que se hallaba, y en menos de diez minutos; con lo que Tragaldabas quedó convencido de que no era necedad lo que había leído de brujas y brujos y de que Don Quijote tenía más facilidad de comunicarse con ellos y de ser víctima á veces de sus diabólicas artes.

¿De suerte, dijo Tragaldabas, que no es tampoco imaginación eso de poder mi amo conquistar un reino, y dármelo como me tiene ofrecido?

De ningún modo, respondió el Nigromante, y la prueba es que ya tiene y rige uno Juan Panza, conquistado y donado por aquél muy prestamente.

La entrevista en el otro aposento era aún más sabrosa é interesante; pues, viendo D. Quijote la hermosura y gentileza de Dulcinea, y no teniendo ya la más leve duda de que no era ver-

dad lo que de ella imaginó por causa del cabrito, le reiteró su esclavitud amorosa y le preguntó sino debían tener ya término sus ansias; puesto que era acabada la guerra de la Patagonia y él también había dado cima á su empresa de la conquista de Andorra, que era lo que les tuvo alejados, aunque no en espíritu y devoción.

¡Ah! mi noble caballero, exclamó Dulcinea, que había pensado la nueva dilatoria que tenía que proponer. Tales sucesos han acaecido en esta última etapa de nuestra forzosa separación, que no puedo sino llamarme la más desgraciada reina del mundo. ¡Juradme que habéis de mantener en secreto cuanto os diga, y preparáos á hacerme otros más graves y solemnes juramentos y sacrificios!

Por vos, Señora, dijo D. Quijote, seré para vuestros secretos una sima, y me aprestaré á los más arriesgados juramentos y empresas, seguro de sellarlos y cumplirlos si fuera necesario con toda mi sangre. Hablad, que ya siento grande interior desasosiego; pues al haberos llamado vos misma la más desgraciada reina del mundo, me habéis confirmado en ser yo el más desventurado caballero del globo terráqueo.

¿Juráis, dijo Dulcinea en tono solemne, no encolerizaros conmigo aunque os diga lo que os diga? ¿Juráis creerme siempre en lo que os afirme? ¿Juráis obedecerme en lo que yo os mande?

¡Sí, juro! respondió D. Quijote con la mano puesta sobre el pecho.

Pues bien, prosiguió aquélla; vais á saber la negra historia de mi desdicha, y así hablóle, sin plegar los llorosos ojos.

En las breves horas que pasé en casa del Nigromante, á vuestro lado, dejando mi guerra de la Patagonia, á pesar de la pericia de mis generales y bravura de mis ejércitos, todo cambió, sufriendo reveses mis armas y enseñoreándose los enemigos de nuevo de muchas de las ciudades que les hube conquistado; y es que echaban de menos el peso de mi brazo y andaban á sus anchas. Torné, y, al hallar aquel estado de cosas, volví con más bríos al combate y recuperé lo perdido en cosa de algunas semanas; y ya descansaba yo en mi tienda de campaña, sobre mis nuevos laureles, de las fatigas de mi viaje y de aquellos supremos esfuerzos, cuando la traición y la felonía por poco dan otra vez al traste con todo.

Figuráos que el rey de los Patagones, que tanto me perseguía, de acuerdo con varios magos de su reino, adormeció por medio de sortilegios y brebajes á mis centinelas, penetró por las avanzadas de mi ejército invisible y sigilosamente, atravesó de igual modo el grueso de mis huestes, sumió en profundo sopor á los guardias que me custodiaban, entró en mi tienda de campaña y me sorprendió dormida, abusando de mi abandono. Despierto en aquel instante, á pesar de sus hechicerías para que permaneciese aletargada, y me hallo con aquel patagón de cincuenta pies de alto, tremendo y fornido. A duras penas logro desasirme de él, porque el letargo en que me sumió me privaba de la mayor parte de mis bríos; y cuando voy á herirle en el corazón, se convierte en humo negro y desaparece, tan leve y sutil como había llegado, dejándome iracunda y llorosa.

No para aquí mi infortunio; sino que, á poco, comienzo á sentir síntomas de maternidad, y á la vez principio á maldecir y á amar aquel nuevo sér que va en mis entrañas. Por último, ve éste la luz del día, que fué igual que caer yo en las más hondas tinieblas, y ya el impulso de la naturaleza me hace recoger aquel fruto de aquella infamia: sér inocente y tierno, que reclama con débiles quejidos mi amparo.

A todo esto, desde el lecho del dolor, con mis órdenes y planes, la guerra de los patagones ha terminado, quedando éstos destruídos y tomadas todas sus ciudades; resultando pocos con vida, que pasan por la frontera y huyen.

Dejo, pues, mi ejército de ocupación en el reino conquistado, y vuelo presurosa con mi hijo, como Agar, á través de desiertos y mares, para ir en busca de mi caballero D. Quijote, que me acorra y aconseje, y en medio del desierto de Sahara encuentro á un venerable anciano, que iba á pie, con su báculo. ¡Parad,

buena mujer! me dice, ¿qué os ocurre que vais tan agitada y dolorida? Le cuento mi cuita y entonces añade: Grave es el suceso, y conociendo como conozco de fama y renombre á vuestro caballero D. Quijote, posible veo que se enfurezca, creyéndoos culpable, y haga más estragos que Orlando furioso; pero, aunque tiene vuestro caso difícil solución, cabe dársela; pues las huríes mahometanas quedan constantemente como nuevas, y no han de ser menos las cristianas Emperatrices; que ese creo es vuestro rango. ¿Cómo podrá hacerse eso? le pregunto, y él me contesta: Eso puede hacerse por la fé de un caballero que os ame y os crea inocente, y tendrá lugar luego que realice tres hazañas maravillosas, á saber: recomponer la unión de Portugal y España, arrancar de Gibraltar la bandera inglesa, y reconquistar para la patria española sus perdidas Américas. Y, diciendo esto, me dejó pensativa, continuando su viaje.

Corro en vuestra busca para reintegrarme á tan costoso precio á mi primitivo estado, y en esto un encantador enemigo me transformó en no sé qué, y pierdo sentidos y potencias, estando con mi hijo en los brazos, hasta que al cabo de no sé cuánto tiempo vuelvo en mí y despierto sin él, decidiéndome á buscaros y á buscarle por todas partes, y viniendo á Zaragoza, donde el concurso de tantas gentes puede proporcionarme el hallazgo, y en donde, no por solaz, sino por afán, corro á los sitios en que se reunen las mayores muchedumbres, para encontraros, y efectivamente os encuentro.

Y ahora os pregunto, si me amais tan rendidamente como siempre me lo demostrásteis; si tenéis fé en mi inocencia é inculpabilidad en tan horrible suceso, acometed sin dilación, en virtud de los juramentos que me hicísteis, aquellas tres arriesgadas empresas, para que pueda yo volverme íntegra á mi estado anterior; y á la vez buscad, inquirid el paradero de mi hijo, y sacadle de donde se halle, para devolvérmelo.

Dulcinea se llevó el pañuelo de encaje á los llorosos ojos, enterneciendo el corazón del Hidalgo de la Mancha, que durante toda esta relación fué pasando por las mayores emociones,

angustias y sobresaltos, hasta que no pudo menos de exclamar:

¡Reina de mi albedrío! ¡Señora de mi alma! ha tiempo sospechaba yo algo de vuestras cuitas, y mi ánimo se hallaba acongojado y perplejo por ciertos barruntos de ellas; pero, ni mi amor ha desmayado por vos, ni mi fé en vos ha desaparecido. Pura os amé y pura os amo. Creo, á pesar de ese brutal atropello, y mantengo y confieso vuestra inocencia, y siendo mía vuestra ánima, el corporal ultraje no es para vos ni para mí, infidelidad ni deshonra. Pero, si aún cabe tornaros á vuestro pristino estado, como tornan las huríes del Paraiso á cada momento, porque no sois menos que ellas, y para lograrlo hay que acometer aquellas tres hazañas que dijo el viejo del desierto, ahora mismo partiré á realizarlas, para disipar esa sombra y secar las lágrimas de vuestros ojos; tanto más que, sin saberlo, ya me tenía yo propuestas esas tres grandes obras, para ensanchar vuestro imperio del Toboso y restaurar el lustre de mi patria, que ahora corre parejas con el vuestro, y con la que parecéis ser idéntica y una; con la sola diferencia de que por vos ha pasado un solo patagón, y sobre ella muchos sucesivamente.

¡Sí, partid al momento, dijo Dulcinea, y pedidme lo que queráis por vuestros inauditos favores! Y D. Quijote se arrodilló y sólo pidió para besarla aquella blanca mano que olía á esencia de heno y que halló tersa y suave como hoja de rosa.

Por última vez la estrechó entre sus manos huesudas, y yendo donde estaban el Nigromante y Bartola, dijo á éste que se aprestara á partir en aquel instante de la ciudad, y se despidió con mucha cordialidad de aquél y de Dulcinea de nuevo acongojadamente; bajando á grandes zancadas la escalera, como si fuera medio loco, sin dar vado ni tregua á sus suspiros.

¿Qué ocurre? preguntó Bartola, ya en la calle á su amo y señor.

¡Silencio! dijo éste: nada puedes saber porque he jurado guardar secreto profundo. ¡Pronto! vamos al alcázar en que nos hospedamos y par-

tamos hacia Portugal, donde nos reclama una arriesgadísima y difícil empresa. Y con paso acelerado se encaminaron al parador, en que Bartola pidió y pagó la costa de la posada, y de donde se encaminó con D. Quijote á la estación del ferro-carril, ayudado de un mozo que condujo y facturó el equipaje y la lanza.

Conforme iban andando, dejando las calles iluminadas de la ciudad del Pilar y sus gentíos y ruidosas fiestas, Tragaldabas procuraba inquirir de mil maneras lo que había pasado en aquella entrevista de su amo y Dulcinea; pero aquél seguía encerrado en la más profunda pena y reserva.

Ya cerca de la estación, D. Quijote dió otro largo suspiro. ¡Ahí queda, dijo á su escudero, la retina de mis ojos, el faro de mis navegaciones, la estrella polar de mi cielo, y el Norte fijo de mi brújula! ¡Por ella voy á acometer las más increibles cosas, de que ya hablará la Historia en su día! ¡La suerte nos favorezca y Dios nos guíe!

Pero en fin, Señor, volvió á insistir Bartola ¿aclaró Usía aquello de la maternidad y del cabrito? Dígamelo, por los clavos de Cristo; que yo también deseo quedar tranquilo de todo recelo de antropofagia.

¡Ay, Bartola! respondió D. Quijote, en cuidado me lo tengo; pero sobre ese punto y sin aclararte nada de lo demás, sólo puedo asegurarte una cosa, mal que nos pese, y es que, sin duda alguna, nos hemos comido al hijo de Dulcinea!

UANL BIBLIOTECA CENTRAL MONTERREY

CAPITULO X

Del viaje de D. Quijote á Portugal.

¿Iremos en el Dragón? exclamó D. Quijote al ver el tren que, con humeante locomotora y larga ristra de vagones resoplaba y se estremecía, próximo á arrancar.

En el tren, dijo Tragaldabas, y ya he tomado dos billetes de tercera; porque no estamos para despilfarros.

Subieron, pues, al dragón, muy sorprendido D. Quijote de que en el estómago de aquel mónstruo hubiera también asientos de primera, de segunda y de tercera.

Por fortuna, el departamento aquel iba vacío; pero no dejó de sentir el caballero la dureza de aquellos bancos de madera, que él creía huesos, articulaciones ó vértebras de la cola del hipógrifo.

La noche pasó en frialdad y lobreguez; pero el caballero no quiso empeñar nueva batalla con aquellas legiones infernales que formaban, al huir en montón rápidamente, las nubes de arriba y las sombras de abajo, los postes del telégrafo y las trincheras de la vía, las luces de las estaciones y las masas de los pueblecillos, los bosques de encinares y las abruptas montañas. Nó: ya conocían todos ellos su valor y el esfuerzo de su brazo, cuando la otra vez les acometió á tajos y mandobles. Además no le atacaban, como antes, sino que huían, enterados sin duda de que él iba allí; y en fin, él no debía entretenerse en estas escaramuzas, teniendo prisa de realizar otras empresas superiores.

Zarandeados por los movimientos del mónstruo, acabaron por dormirse amo y servidor, y allá despertaron, cuando la mañana de azules ojos y rosada tez abría, con permiso de la primavera, los cálices de las flores.

Habían atravesado medio Aragón, un rincon-